güenzan de ocultar á veces, como con un velo, ciertas máximas fundamentales del santo Evangelio, temiendo que, de otra manera, la gente se niegue á escucharles y seguirles. Ciertamente, no será cosa ajena á la prudencia proceder poco á poco, aun en la exposición de la verdad, cuando se trate de hombres extraños enteramente á nuestras doctrinas y alejados por completo de Dios. "Antes de aplicar el hierro pálpense suavemente las llagas," decía San Gregorio. (1) Pero aun esta industria se convertirá en prudencia de la carne si se propusiera como norma constante y general de acción. Tanto más, cuanto que con tal procedimiento parece no hacerse la debida estimación de la divina gracia, que sostiene al ministerio sacerdotal, y se da, no sólo á aquellos que lo ejercen, sino á todos los fieles de Cristo, para que nuestras palabras y nuestras obras abran brecha en el corazón que queremos ganar. Ni en la predicación del Evangelio, ni en tantas y tan admirables empresas como acometió para alivio de la necesidad ajena, conoció esa prudencia el Papa San Gregorio. Se ajustó constantemente á lo que habían hecho los apóstoles, los cuales, cuando por primera vez llevaron por todo el mundo el nombre de Cristo, fueron diciendo: "Nosotros predicamos á Cristo crucificado; lo cual para los judíos, es motivo de escándalo, y parece locura á los gentiles." (2) Si hubo algún tiempo en que la humana prudencia pareciese el único expediente utilizable para obtener algo en una sociedad del todo indispuesta á recibir doctrina tan nueva y que tanto pugnaba con la civilización, entonces floridísima todavía, de griegos y romanos, tuvo que ser el de la primera predicación de la fe; mas los Apóstoles despreciaron aquella prudencia por que sabían bien el precepto del Altísimo: «Plugo á Dios salvar á los que creyesen en El por medio de la locura de la predicación.» (3) Y como siempre fué, también ahora ésta locura, "para los que se salvan, es decir, para nosotros, es la virtud de Dios." (1) Como sucedió en el tiempo pasado, seguirá sucediendo en el porvenir, que "el escándalo de la Cruz" será nuestra arma más poderosa, y, como antes también después venceremos con este signo.

(1) "Registr.," V, 44 [18], ad episcop. Ioann.
(2] I Corintios, I, 23.
(3) I Corintios, I, 21.

Mas así y todo, Venerables Hermanos, esta arma perderá eficacia, y aun será del todo inútil, si la empuñan hombres que no estén acostumbrados á la vida interior con Cristo; que no estén educados en la escuela de la verdadera y sólida piedad, ni ardan en celo de la gloria de Dios y la propagación de su reinado. Conocía tanto San Gregorio esta necesidad, que aplicaba la mayor solicitud en consagrar Obispos y ordenar sacerdotes que estuviesen animados del mayor deseo de la gloria de Dios y el bien de las almas. Tal fin se propuso en el libro de la "Regla pastoral," donde se hallan coleccionadas las disposiciones para la saludable formación del clero y del gobierno de los Obispos, acomodadísimas, no ya sólo á su tiempo, sino también al nuestro. Como observa su biógrafo, "á modo de Argos luminosísimo, revolvía la mirada de su pastoral solicitud por toda la extensión de la tierra" [2] para descubrir y corregir las faltas y descuidos del clero. El pensamiento solo de que la barbarie y la inmoralidad pudieran hacer presa en la vida de los clérigos, le hacía extremecerse; y en cuanto advertía alguna infracción á las leyes disciplinarias de la Iglesia, angustiábase y no se daba paz, y ya amonestaba y corregía, amenazan o á los transgresores con penas canónicas, ya las imponía por sí mismo, y ya, sin dilación alguna, ni ningún humano miramiento, privaba de sus oficios á los que los desempeñaban indignamente.

Además, inculcaba muchas máximas que en forma parecida leemos con frecuencia en sus escritos: "¿Con qué ánimo toma sobre sí la carga de mediador del pueblo con Dios, quien no tiene conciencia de ser familiar

(1) Ibid., I, 18.
(2) Juan Diac., lib. II, 55.

como en casa que fuera suya, levanta el pensamiento á las cosas celestiales en medio de las espléndidas riquezas que el arte ha acumulado, ante la majestad de las ceremonias litúrgicas y con las dulces armonías del canto.

Repetimos que la acción del Papa San Gregorio supo obtener todos estos beneficios en su tiempo y en los siglos inmediatos; y por la intrínseca eficacia de los principios á que debemos acudir y de los recursos que tenemos á mano, otro tanto es posible alcanzar ahora, conservando con todo esmero lo bueno que, por favor de Dios, dura todavía y, "restaurando todas las cosas en Cristo," (1) cuando, desgraciadamente, se hayan apartado de la norma verdadera.

Plácenos poner término á esta Nuestra Carta con las mismas palabras con que San Gregorio daba fin á su mencionada exhortación del Consistorio lateranense: "Estas cosas, hermanos, debéis meditar con toda solicitud y, juntamente, proponerlas á vuestros prójimos. Preparados á restituir á Dios el fruto del ministerio que recibísteis. Pero harto mejor que con la palabra, obtendremos de vosotros con la oración cuanto decimos. Oremos: ¡Oh Dios, por cuya voluntad somos llamados pastores del pueblo, te rogamos nos concedas que seamos á tus ojos lo que de nosotros dicen los labios humanos!" [2]

Y mientras por intercesión del Papa San Gregorio confiamos alcanzar de Dios que benignamente atienda nuestros ruegos, como presagio de celestiales favores y prenda de Nuestra paternal benevolencia, á vosotros todos, Venerables Hermanos, y al clero y pueblo vuestros, concedemos con todo afecto del corazón la Bendición apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, el 12 de Marzo, festividad de San Gregorio I, Papa y Doctor de la Iglesia, año 1904, primero de Nuestro Pontificado.

PIO PAPA X.

(1) Efesios, I, 10.

(2) Homil. cit., núm. 18.

SANCTISSIMI DOMINI NOSTRI

PII

DIVINA PROVIDENTIA

PAPAE X

IN QVINQVAGESIMO NATALI SACERDOTII SVI

EXHORTATIO

AD CLERVM CATHOLICVM

ROMAE
TYPIS VATICANIS
—
MCMVIII

de su gracia por el mérito de la vida?" (1) "Si en sus obras viven las pasiones, ¿con qué presunción se dispone á curar al herido quien lleva el rostro llagado?" (2) ¿Qué fruto podrá esperarse en las almas si los apóstoles de la verdad "destruyen con su conducta lo que predican con su palabra?" (3) "En verdad, no puede quitar los pecados ajenos quien va roído de los propios." (4)

Ejemplar del verdadero sacerdote, como él lo entiende y describe, es aquel "que, muerto á todas las pasiones de la carne, vive ya vida del espíritu; que á todo ha pospuesto las prosperidades del mundo; que no teme á la adversidad; que únicamente desea las cosas interiores; que no codicia lo ajeno, sino que es generoso de lo propio; que se inclina al perdón por sus entrañas de piedad, pero no se aparta ni un ápice de lo que pide la rectitud; que no comete acciones ilícitas, y las ilícitas ajenas llora como si fueran suyas; que cordialmente compadece las flaquezas del prójimo y que de la prosperidad del prójimo se alegra como de su propio bien; que en todas sus acciones se hace modelo para las demás, de manera que no tenga que sonrojarse, por lo menos de las obras exteriores; que cuida de vivir de manera que pueda regar los corazones áridos con el agua de la doctrina; que mediante el hábito de orar y la propia experiencia, sepa que puede conseguir del Señor lo que le pida." [5]

A solas consigo mismo, Venerables Hermanos, ¡cuánto ha de tratar el Obispo y cuánto ha de meditar en presencia de Dios, antes de imponer las manos á los nuevos levitas! "Ni por obsequio á nadie, ni por súplicas que se presenten, se apresure nunca la promoción á las órdenes sagradas de ninguno cuyo tenor y vida y acciones no demuestre su dignidad." [6] ¡Y cuán maduramente debe reflexionar antes de confiar á los

(1) "Reg. past.," I, 10.
(2) Ibid., I, 9.
(3) Ibid., I, 2.
(4) Ibid., I, 11.
(5) "Reg. past.," I, 10.
(6) "Regitr., V, 63 (58), ad universos episcop. Hellad.

nuevos sacerdotes las obras del apostolado! Si no están debidamente aprobados por el vigilante celo de sacerdotes más prudentes; si no consta del modo más satisfactorio la honestidad de su vida, su afición á los ejercicios de piedad, su pronta voluntad en seguir obedientes todas las reglas de conducta sugeridas por la disciplina eclesiástica, comprobadas por la diaria experiencia, ó impuestas por aquellos á quienes "el Espíritu santo ha instituído Obispos para apacentar la Iglesia de Dios, [1] ejercerán el ministerio sacerdotal, no ya para salud, sino para ruina del pueblo cristiano. Por lo cual promoverán discordias y, más ó menos tácitamente, suscitarán rebeliones, ofreciendo al mundo el triste espectáculo de una como división de ánimos entre nosotros, aunque en realidad estos lamentables sucesos no son sino obra del orgullo é indisciplina de unos pocos. ¡Oh, sean enteramente apartados de todo oficio los fautores de discordia! No necesita la Iglesia de tales apóstoles; ni son apóstoles de Cristo crucificado, sino de sí propios.

Parécenos ver ahora con Nuestros ojos en el Consistorio lateranense al Papa San Gregorio, acompañado de crecido número de Obispos de todas las regiones del mundo y de todo el clero de Roma. ¡Oh! ¡Cómo se consume de celo su corazón exhortando acerca de los deberes del clero! Sus palabras son rayos que derriban al perverso, látigos que azotan al indolente, llamas de divino amor que suavemente enfervorizan. Leed, Venerables Hermanos, y haced que lea y medite vuestro clero, especialmente en el retiro anual de los ejercicios espirituales, aquella estupenda homilía de San Gregorio. (2)

Con indecible amargura lanza, entre otros este gemido: lleno está el mundo de sacerdotes; mas raro es el operario que está en las manos de Dios, porque bien asumimos el oficio sacerdotal, pero las obligaciones del oficio dejamos sin cumplir." (3) Y en verdad, ¿cuánta

(1) Hechos, XX, 28.
(2) Homil., "in Evang.," I, 17.
(3) Ibid., 3.

fuerza no tendría la Iglesia actualmente si en cada sacerdote pudiese contar con un operario? ?Qué copiosísimos frutos no produciría en las almas la vida sobrenatural de la Iglesia, si todos la promovieran eficazmente? San Gregorio supo denodadamente suscitar en su tiempo este espíritu de enérgica acción, y merced al impulso que comunicó, obtuvo que el mismo espíritu se mantuviese en las siguientes centurias. Toda la Edad Media está marcada con el sello que puede llamarse gregoriano. A este Pontífice se reconocía deudora de casi todo: las reglas del gobierno eclesiástico, las múltiples de la caridad y la beneficencia en las instituciones sociales, los principios de la más perfecta ascética cristiana y de la vida monástica, el ordenamiento de la liturgía y del arte del canto sacro.

Los tiempos han cambiado mucho; mas, como multitud de veces lo hemos repetido, la vida de la Iglesia no ha cambiado en nada, porque ha heredado de su divino Fundador la virtud de ofrecer á todos los siglos, aunque tan diferentes unos de otros, cuanto requiere, no sólo el bien espiritual de las almas, lo cual es propio de su misión, sino también cuanto contribuye al progreso de la civilización verdadera, lo cual se deriva de aquella misión á modo de natural consecuencia.

Y, en efecto: no es posible que las verdades del orden sobrenatural de que es depositaria la Iglesia no promuevan y fomenten también cuanto es verdadero, bueno y bello en el orden natural, y con tanta mayor eficacia cuanto más se refieran tales verdades al principio supremo de toda verdad, bondad y belleza, que es Dios.

Grandemente aprovecha la revelación á la ciencia humana, sea porque aquella le descubre nuevos horizontes y le hace conocer otras verdades de orden meramente natural, sea porque franquea el camino recto á la recta investigación y la preserva de los errores de aplicación y método, á la manera que un faro luminoso señala á los navegantes que surcan el Océano en las tinieblas de la noche, multitud de cosas que no pueden ver y les ad-

vierte los escollos, dando en los cuales la nave vendría á naufragar.

Y en la moral disciplina, puesto que el divino Redentor nos propone por modelo supremo de perfección su Padre celestial [1] esto es, la misma bondad divina, ¿quién no ve el impulso que de ello se sigue para la observancia, cada vez más perfecta de la ley natural, grabada en el corazón del hombre, y para el continuo crecimiento del bienestar de los individuos, de la familia y, de toda la sociedad? Así se redujo á cultura la ferocidad de los bárbaros, y la mujer se vió libre de la abyección en que se la tenía, y se reprimió la esclavitud, y fué restablecido el orden en la conveniente y mutua dependencia de las varias clases sociales, é imperó la justicia, y se proclamó la verdadera libertad de las almas, y se aseguró la paz doméstica y social.

Finalmente, las artes, una vez reconocido que el ejemplar primero de toda hermosura es Dios, de quien se deriva toda la hermosura de la naturaleza, más seguramente se apartan de todo vulgar concepto y más eficazmente se elevan á expresar la idea, vida de todo arte. El pincipio solo de emplearlo en servicio del culto y, por consiguiente, ofrecer á Dios cuanto en la riqueza, en la bondad y en la elegancia de la forma se estime mas digno de él ¡cuán fecundo ha sido en bienes! Creó el arte sagrado, que fué, y aun sigue siendo, fundamento de todo arte profano. Ya hemos tocado este punto en un "Motu proprio" especial, hablando del restablecimiento del canto romano conforme á la antigua tradición, y de la música sagrada; mas esas mismas reglas se aplican también, según la materia, á las demás artes, de suerte que conviene á la pintura, á la escultura y á la arquitectura cuanto se dice del canto: pues de todas estas nobilísimas creaciones del ingenio, la Iglesia ha sido en todo tiempo inspiradora y Mecenas. La humanidad, nutrida en estos sublimes ideales, edifica templos grandiosos, y allí, en la Casa del Señor,

(1) San Mateo, V, 18.